

La máscara de piedra

LUISA VALENZUELA

Ella y él se van a separar en esta ciudad dormida. Él se está por ir al extranjero, va a volver con su familia, ella volverá sola a la capital pero antes quiere conocer el famoso museo de historia natural de la ciudad. Él la acompaña a través del parque. En lo alto de las escalinatas se besan largamente. Es la despedida. Quizá ella espere escuchar una palabra, él no la dice. Les cuesta separarse, sin embargo él se aleja y ella algo aturdida compra su entrada y trata de sonreírle a los guardianes ahí presentes. Adentro, el museo es vetusto, los saurios pleistocénicos acumulan el polvo de un tiempo mezquino, no geológico, ella vaga por extensas galerías, elipsis concéntricas en torno a desconcertantes centros dobles. Hay vitrinas y vitrinas con pájaros embalsamados. Del brillo de las plumas poco queda. Ella apenas siente el dolor de lo no dicho, ella se deja ser. Deambula. Tras una de las tantas escaleras que ha subido o bajado, como un respiro, descubre una pequeña tienda de recuerdos también polvorientos entre los que resalta una máscara de piedra. A ella le gusta pero no se detiene: quiere algo auténtico. Y mucho más allá por las galerías curvadas encuentra la verdadera, justo a la altura de sus ojos. Es una máscara mortuoria, bella en sus puras líneas de granito. El Sol que entra por una ventana a espaldas de ella pega sobre la polvorienta vitrina y le brinda un espejo traslúcido. Ella se mueve con infinita delicadeza —está sola en la sala, por

todas las salas vagó sola— para lograr que el reflejo de su rostro coincida rasgo por rasgo con la máscara, y así permanece largo rato, como con la máscara puesta, hasta que decide volver a este presente y comprarse la réplica. La máscara no tiene expresión de dolor, sólo su placidez eterna. Y entonces ella desanda sus pasos por las curvadas galerías y desciende las escaleras y pasa bajo la ballena azul y contornea gliptodontes y no encuentra la tienda. Ya cerca de la entrada, opta por preguntarle a los guardianes.

Mientras tanto él ha tenido tiempo de arrepentirse veinte veces de lo no dicho y decide volver al museo aunque sea para un último abrazo. Pregunta a los guardianes de la entrada si han visto salir a una mujer así y asá. ¿La que usted estaba besando? confirman los guardianes y le cuentan: ella acaba de asomarse hace pocos segundos buscando la tienda. Él sigue las indicaciones, llega a la tienda donde el viejo vendedor parece estar dormido desde siempre, él apenas ve los recuerdos polvorientos y un extraño rostro de piedra de ojos y boca perforados, ella no está allí, debe haberse perdido, él avanza deprisa por las galerías, pasa bajo la ballena azul, contornea gliptodontes, todos modelos de utilería, se dice, no ve los reflejos, la busca a ella, escaleras arriba y escaleras abajo la busca, vastas escaleras de madera crujiente, a veces hasta atina a llamarla por su nombre, total, el museo parece desierto; ella no está ¿habrá salido? Los guardianes de la entrada frente a los que se encuentra una vez más por las ineluctables vueltas del museo le dicen que no, que ella sólo pudo haber pasado por allí y por allí no pasó, a lo lejos suena la bocina de su taxi, llamándolo, él no quiere irse sin verla, sin quizá decirle, quizá, pero el avión no espera, ella no está en ninguna parte ni en el baño de damas ni en el otro, agrisado él baja las escalinatas, se aleja del museo, se dirige al taxi, al aeropuerto, al mundo.

Dentro del museo de ciencias naturales, la máscara de la vitrina parece sonreírle a su réplica en la tienda. Y el viejo vendedor sigue durmiendo. ♦

